

## EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 29 de Octubre de 1878.

### LOS OJOS

Hay un problema cuya solución se deja para cuando se haya dado dirección á los globos, la cuadratura del círculo de la primera verdad de la geometría, y el movimiento continuo, una cosa tan natural y corriente como ahora hacer andar un cronómetro de 4.000 reales. Hasta tal punto parece el problema insoluble y complicado.

Consiste en averiguar qué ojos valen más, si los azules ó los negros. Ya que le he anunciado, no quiero dejar de dar mi opinión, valga por lo que valiere.

Los ojos negros son el fuego que consume y mata sin sentirlo; un abismo divino.

Los ojos azules son la seducción tranquila y reflexiva; un divino cielo. Cuando unos miran, matan de felicidad.

Cuando miran los otros, nos prometen una dicha eterna.

Si los ojos negros matan y los azules son la gloria, mi resolución está tomada.

Quiero morir para ir al cielo.

En España, país clásico de los frailes, acontece algunas veces, muy pocas ciertamente, no haber en un convento más que un prior y un lego. Parecerá que siendo tan pocos, debía reinar entre ellos la mayor armonía del mundo. ¡Pues nada de eso! Entre el prior y el lego no había más confianza que si el convento se hubiese visto lleno por una inmensa comunidad. El principio autoritario se imponía.

Lo mismo sucede con los ojos.

Los ojos, aunque son dos, no tienen el mismo valor. Forman una república, pero una república de castas.

Ved á un padre que alaba la aplicación y buenas cualidades de su hijo, y le oíreis decir: es mi ojo derecho.

Si queréis conquistar el amor de una mujer, la protección de un potentado ó el aplauso del público de poco os servirá la belleza, los méritos ó el talento, si no habeis inspirado esa simpatía, que en el lenguaje vulgar se llama entrar por el ojo derecho.

Del izquierdo nadie se acuerda.

¡Horrible lección para la humanidad!

En la república de los ojos, hay desheredados y elegidos.

Allí también impera la ley terrible de las desigualdades.

La propiedad que más aprecia una mujer es la de sus ojos.

Decidla que no es rica, y aunque

el humo de la ambición tenga ennegrecida su alma, quizá llegue á perdonaros la que juzgará ofensa, por que quizá llegue á tener lo que desea.

Dudad de su virtud: si es virtuosa se encargará de demostrar que la injusticia ó el despecho habló en vosotros más alto que la verdad, y si tenéis razón hará poco caso de vuestras palabras, porque no le impiden engañar á quien la convenga.

Decidle que es una coqueta despiadada, que no tiene corazón, que os abrió las puertas de la dicha para cerrarlas cuando ibais á traspasar los umbrales, y os perdonará también, porque sabe que una sola de sus sonrisas, una palabra, una mirada, os desarmarán por completo y volveréis á idolatrarla.

Pero no la digais si es bonita «buenos ojos tienes», y será vuestra irreconciliable enemiga, no os nombrará nunca, porque le habeis herido en lo que más quiere, en su orgullo; el orgullo de una mujer es su hermosura y su hermosura está en sus ojos.

Pues ¿y el juego de los ojos?

Prohibidla hablar, aunque á más de habladora como mujer, lo sea porque le interese la conversación, el amor podrá hacerle permanecer silenciosa.

Si ofuscado por los malos consejos, á una mujer amante le impedís que quiera enterarse de vuestras alegrías ó de vuestros pesares, quizá nada os pregunte.

Pero no podéis impedirle el lenguaje de los ojos y esa muda interrogación que tanto aduce, como no se puede impedir á una buena madre que haga caricias á sus hijos.

Los ojos de una mujer son el mejor libro para un hombre. En ellos leerá si es amado ó aborrecido, la duda ó la esperanza, la promesa ó la felicidad.

Se condenan como libros heréticos los ojos de las mujeres coquetas, que son muchas.

Pero considerando los ojos de una mujer como un libro, aun debo añadir que hay muchas clases de libros.

Unos, á semejanza de los que tenéis en vuestra librería, solo se abrirán cuando queráis abrirlos, y nadie más que vosotros leerá en ellos.

Otros, como esos grandes libros que se ven en los coros de las catedrales, están siempre abiertos dejándose leer.

Otros, como los de las bibliotecas están á disposición del último que llega.

Leed mucho en los primeros; pero por Dios no leáis en los ojos de una mujer que como los libros de coros, están siempre esperando miradas ni que, como los de biblioteca, se dejan leer por todo el mundo.

Está de moda, y nadie se opone á

os mandatos de señora tan angusta como intransigente.

Todo el mundo rabia por ver su efígie en un lienzo ó en una fotografía, con todos sus pelos y señales.

El que se retrata al óleo, persona de posibles por regla general, no se deja en el armario ni el frac, ni el uniforme, si le tiene, ninguna de las cruces con que le honraron. ¡Pues no faltaba más!

El que se retrata en fotografía procura ponerse una levita flameante, peinarse lo mejor posible, y si se puede, que se le vean las sortijas ó la cadena del reloj.

Hay quien no está ni por ese lujo, ni por esas fotografías, ni por esos cuadros.

Hay quien solo aspira á verse retratado en el traje de la complacencia en los ojos de una mujer hacendosa.

Los ojos tienen también enemigos. ¡Quién no los tiene!

Los enemigos de los ojos son encubiertos.

No se atreven á decir «muera la luz»; pero dicen «ojos que no ven, corazón que no siente.»

¡Qué absurdo!

Ver y sentir: hé aquí la armónica y divina relación entre el cuerpo y el alma.

Por esas almas grandes quieren ver un solo día, aunque al siguiente mueran de sentimiento.

MIGUEL MOYA.

(Epoca.)

## MISCELANEA.

### UN ECLIPSE DE SOL.

Trascribimos á continuación, por su grande interés, la descripción que hace Sir Jorge Stanley á «The Stapers Weekly», de Nueva York, del último eclipse total del sol, observado en Georgetown (Colorado) el 29 de Julio de 1878.

«Eran las dos de la tarde, y estábamos en la cumbre del Argentino, es decir, en el punto más elevado de la América del Norte.

Mr. Matthews, ya residente en Nueva York, se encargó de consultar el cronómetro; mister Schwars, de la Escuela tecnológica de Massachusetts, y Mr. Burnet, de Cincinnati, tomaron por su cuenta la delicada misión de anunciar el momento del eclipse total.

Algunos minutos antes del primer contacto, una luz anaranjada muy singular fué observada en la atmósfera; se cambió en el momento del contacto en un color gris de acero y de lilas, y cuando el cuerpo oscurecedor avanzó lenta, pero progresivamente, esta luz extraña se acentuó más, haciéndose de un color púrpura

subido en las sombras de las rocas de Gray's Peak, á una milla (1.609 metros) ó poco menos más allá de «cul-de-sac» de las fuentes del río de la Serpiente.

El momento del primer contacto fué anunciado á las dos horas, 19 minutos y 45 segundos, y el día del sol se oscureció en sus tres cuartos á las tres horas, 9 minutos y 45 segundos.

A las tres y 12 minutos, el gran orbe se parecía al principio del primer creciente de la luna, y la maravillosa luz que se extendía sobre todo el paisaje no se parecía ni á la del sol, ni á la de la luna, ni á la del alba, ni á la del crepúsculo; sería imposible describirla sin emplear la expresión de lilas de un tinte particular.

En este instante notamos la gran sombra que se cernía sobre nosotros y que venía del Noroeste. La nube lejana que ornaba el horizonte al Nordeste y al Suroeste, tomó el tinte amarillento común que precede inmediatamente á la salida del sol. Long's Peak al Norte y Monte-Santa Cruz al Noroeste, cayeron primero bajo este velo solemne, luego Gray's Peak y un segundo más tarde el sol, después de haber lucido brillantemente, se extinguió, dejándonos en la oscuridad.

El eclipse total empezó á las tres horas, 25 minutos y cinco segundos.

Fué una escena de una belleza sorprendente: Pike's Peak, bastante lejoso de nosotros hacia el Sur, permanecía aún iluminado por el sol, mostrando vagamente sus contornos teñidos de rosa, mientras que el horizonte, color de ocre un momento antes, estaba entonces de un color rojo, ó rosa y lilas rojas.

Un segundo ó dos después, el Monte Evans, Pike's Peak, y toda la cadena del Sur nos acompañaban en la oscuridad.

Después del espacio de dos minutos cuarenta y cuatro ó cuarenta y cinco segundos, el sol reapareció en la forma de un rayo de luz brillante, y vimos aparecer sobre el sol el extraño tinte anaranjado que habíamos notado antes.

A medida que los grandes picos salían de la oscuridad hacia el Sur, tenían el aspecto de gigantes fantasmagóricos; la luz, repartida en la atmósfera, hacía que se creyera verlos diez veces más lejanos de lo que estaban en realidad.

Cuando el eclipse total, la brisa que soplabá sobre la altura en que nos hallamos se hizo de tal modo fría, que experimentamos un verdadero sufrimiento; así es que la reaparición del sol fué saludada por un transporte de júbilo.

No atendimos al último contacto de la luna y del sol, porque algunas personas de nuestra compañía, prin-